LAS RAZAS
CHINA é INDIA
EN EL PERU

DISERTACION LEIDA

EN LA

Biblioteca Cientifico-Literaria

DEL CALLAO

POR

OSCAR F. ARRUS



IMPRENTA DE "EL CALLAO"
Calle de la Constitución No. 20 y 22



LAS RAZAS CHINA É INDIA

EN EL PERÚ

DISERTACION LEIDA

— EN LA —

" BIBLIOTECA CIENTIFICO-LITERARIA

POR

Oscar F. Arrús

EL 28 DE JULIO DE 1906

Apreciados amigos:

Por segunda vez preséntome ante vosotros, acatando gustoso vuestra disposición que me obliga, en el día de hoy, dirigiros la palabra. Disposición honrosísima para mí, á la vez que me presenta nueva ocasión de mos-



trar mi buena voluntad hacia esta sociedad y mis buenos deseos de que continúen dándose regularmente las conferencias mensuales.

No es un trabajo elevado, metódico, propio de cerebros nutridos é inteligencias dearrolladas ya, el que ofrezco á vuestra benevolencia, de la q' me habeis dado anteriormente numerosas muestras; sino un trabajo sencillo, tal como lo permite la deficiencia del autor y lo exige el carácter modesto de nuestras conferencias, meros ensayos intelectuales.

He querido sí, que la importancia del asunto cubra en parte sus defectos, y con tal fin, he escogido de entre los sociológicos, que actualmente presentan mucho interés, uno de los más importantes.

I

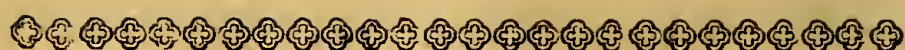
En el antiguo continente hácia el lugar donde sale el Sol, existe un país de antiquísima fecha, cu-



na quizá de la civilización, pero hoy decrépito y extenuado. Ese país es la China.

Llegada desde muy temprano á las altas cumbres de la civilización, realizó su edad de oro en una época en que los pueblos occidentales no existían ó yacían en el salvajismo de las primitivas edades. Las condiciones de su medio físico y social, superiores por entonces á las de otros pueblos, favorecieron su prematuro progreso. Mientras estos todavía luchaban por arrojar la herencia animal, mientras se hallaban en el período de gestación de la civilización, ella había terminado ya esa lucha, había pasado ese período.

Pero la precosidad de su desarrollo, debía ser seguida por una prioridad en la decadencia. Si los pueblos, como los individuos, han de recorrer todos la curva de la vida, aquellos que primero llegan á la parte superior son los primeros en descender, y la China, tan pronta en civilizarse, decayó con la misma prontitud.



Efectivamente, la preeminencia de que gozaba entre los incultos pueblos primitivos, por sus ciencias, sus artes, por todos los inventos que la inteligencia humana realiza cuando llega á cierto grado de desarrollo, influyó para que se separara de todos ellos. La China se aisló, rompió por completo sus relaciones con las naciones vecinas, no las necesitaba, se bastaba ella sola.

La Naturaleza misma la favorecía en su vanidosa empresa de aislamiento, construyéndole las inaccesibles montañas del Himalaya, cuyos picos cubiertos perpetuamente de nieve, se elevan más allá de los cielos, como si quisieran impedir que los mismos dioses la invadiesen. Y cuando no son las montañas ni es el mar los que la separan del resto del mundo, es la famoza muralla del norte, expresión de un esfuerzo humano solo comparable con el de las estupendas pirámides de los Faraones

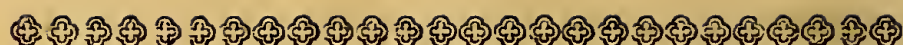
Esta enclaustración, esta falta de comunicación absoluta con el exte-



rior, contraria al principio de la existencia de las naciones, que necesitan como los organismos fisiológicos renovar constantemente sus energías vitales, q' nuevas y vigorosas fuerzas reemplacen á las ya debilitadas y consumidas, produjo, como debía producir, la decadencia del Imperio Celeste

La nación china perdió como era natural, su plasticidad que la había conducido á su completo desarrollo, se paralizó el progreso, el estagnamiento dominó por todas partes, en las instituciones, en las ciencias, en las artes, en la filosofía, en todas las manifestaciones de la actividad humana, física, intelectual y moral, y en consecuencia la rutina se constituyó en suprema ley de la nación amarilla.

Y como el progreso, el movimiento universal continuaba, como los demás pueblos, obedeciendo á la ley de la instabilidad de lo homogéneo, iban desarrollándose y creciendo, la China al inmovilizarse, se quedaba atrás, retroce-



día. Se iniciaba, pues, para ella el período de la cristalización, del debilitamiento, de la decadencia.

Y así debilitada, anémica, sin fuerzas, la nación china ha vivido durante el trascurso de muchos siglos y vive todavía ya exánime, con indolencia postrada, exitando la codicia de las naciones modernas que se precipitan sobre ella como fieras hambrientas que se reparten una presa antes de haber expirado; y senilmente incapacitada para hacer un último esfuerzo de defensa por la parálisis que la domina.

Este es, señores, el país cuyos súbditos emigran constantemente de él, y han encontrado en el nuestro la tierra de promisión.

El periódo álgido porque atraviesa, resultado de la superabundancia de la población, el terrible espectro de la miseria la más atroz y cruel de las enfermedades sociales, lo impulsan á que envíe el excedente de sus pobladores á otras comarcas de más risueño porvenir. Y los chinos hambrien-



tos, excitados por su estómago vacío, se precipitan sobre las naciones que tienen la indolencia de recibirlos, trayendo consigo todos los elementos de degeneración, todo el conjunto de males, más abundantes que los contenidos en la caja de Pandora.

Las razas amarillas y, con especialidad, la China, son razas pasadas, cuya época de florecimiento pertenece á las primeras edades de la históría; hoy se encuentran en el periódo senil á que desgraciadamente tiene que llegar todo lo que existe.

El tiempo tiránico poder de la vida, que se entretiene en crear lo que no existe y destruir lo ya existente, ha conducido á la raza china á la postremerías de su existencia.

Bajo cualquier aspecto que se la mire, aparece el signo de su inferioridad que le dá por lugar, si nó el último, tampoco el primero, ni los que inmediatamente le siguen, en la gradación de las razas humanas.



Fisiológicamente considerado el chino es de organización débil; ésta debilidad es originaria, está en su misma constitución física, es la herencia que la Naturaleza le dió al venir al mundo. Y á esta endémica constitución se han unido el raquitismo, la anemia provenientes de los largos periódos de enclaustración y aislamiento y de la inactividad consiguiente en que no aprovechaba de los elementos nutritivos necesarios para reparar las fuerzas gastadas.

Y hoy la china es una raza decrépita, aniquilada, corroida por los años, incapaz de vencer en las luchas por la vida. Sin fuerzas sin energías ni virilidad, cede su lugar, donde quiera que se encuen tre, á razas superiores, más poderosas, llenas de la energía que le dá la plenitud de su desarrollo. Si algunas veces llega á imponerse ó por lo menos no es desalojada por ellas, es debido á la abundancia de sus individuos que permite se vayan reemplazando; y vencidos ó desalojados unos chinos



aparecen otros y otros, y aparecen siempre como para probar que el mal existirá eternamente.

En el orden intelectual y moral se halla naturalmente, en la misma condición. Desde que la vida psíquica se halla condicionada por la vida fisiológica, es inevitable que en este orden se manifiesten también, los mismos signos de decadencia y decrepitud que caracterizan á esta triste raza.

Su potencia mental pobrísima, extenuada, no concibe algo que no sea el molde estrecho, la regla inflexible que la rutina ha impuesto en todos los órdenes de la vida, ni puede elevarse más de los límites por ella trasados en la existencia de este imperio lánguido exhausto momificado, ya aún sin haber muerto. Los Lao-tse, los Confusio y demás lumbreras que brillaron en ignotas épocas, no han dejado sucesores y hoy no son sino recuerdos vagos, cubiertos con el polvo de los siglos y relegados á los lugares más ocultos del más apartado rincón de la memoria.



Y pobrísima como es su vida intelectual, lo es también la sentimental y artístisca. Nada que manifieste generosidad, nobleza, altruismo, que exprese sentimientos estéticos elevados, que dé á conocer culto por la belleza, que manifieste, en fin, idealidad, verdadero signo de superioridad así en los individuos como en las naciones.

Apegados miserablemente á la realidad, llevando una vida vege tativa, viven los chinos en sus infectas cuevas, que tienen por ca sas, peor que animales, sin un ideal, sin una ilusión que los se pare por un momento del prosaismo y monotonía de la existencia. Y por carecer de este ideal, por no tener energías para concebirlo, buscan narcóticos intensos, que excitando su imaginación, los trasportan al mundo de los ensueños, donde forjan brillantes, fantásticas creaciones; y cuando estos momentos pasan, cuando vuelven á la realidad, el choque es más rudo y deja una honda huella en



el organismo debilitado, un mayor desapego á la vida.

El chino desde que nace trae como herencia de sus padres, á más de la debilidad fisiológica, la vejez, el desaliento, el desprecio de la vida, sintiéndose viejo sin haber vivido. Dominado por la senectud, su espíritu agotado no puede concebir un nuevo ideal, alimentar una nueva esperanza, que, infundiéndole la necesidad de vivir, lo impulse hacia adelante, hacia el progreso, á cuya cumbre no pueden llegar sino los hom bres que llevan en su cerebro el ideal definido á que aspiran y en su corazón la esperanza de poderlo poseer, y que tienen la energía suficiente para correr tras él aún cuando no lo alcanzen, porque el ideal nunca se alcanza, porque él en la vida es la laguna que el espejismo forja en el desierto, se aleja á medida que hacia ella se va.

El concepto que de la vida tienen fomado no puede, pues, ser otro que pesimista. Si el pesimismo y el optimismo están en la na-



turaleza íntima del hombre, si son conceptos mentales, formas subje tivas en la manera de concebir la vida, sin corresponder á una realidad objetiva, es evidente que pesimista y desalentador será el concepto que de la vida puedan formarse los hombres sin ideales, sin energías para concebirlos, agotados y consumidos. Los chinos son pues, pesimistas, quizá no en la manera de pensar, pero si en su manera de ser, en su manera de vivir.

Vecinos de los indios cuya religión del aniquilamiento aceptan, solo aspiran al Nirvana, á la disolución, á la nada. Y así se les ve en hierática postura, casi en el éxtasis, con la vista fija, inmóvil, como si por su mente vacía pasaran grandes preocupaciones, ó tratara de resolver metafísicos problemas. Y esto que en razas superiores sería una función natural, en ellos no es sino resultado de la misma debilidad de la mente que la inhabilita para recibir las impresiones del mundo externo.



La raza china, rechazada hoy en todas partes, representa el pasado de la humanidad, aquel pasado glorioso quizá para ella, en que guardó por algún tiempo el contingente de la civilización, en una época en que los demás pueblos, los pueblos occidentales, los actuales depositarios de la cultura y el progreso, se hallaban en la barbarie, faz necesaria en la evolución humana, precedente de la civilización.

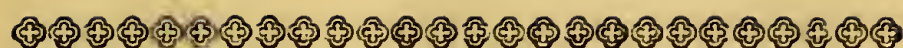
Aquella raza llegó ya á su límite en su desenvolvimiento progresivo, límite predeterminado por sus fuerzas inmanentes, superior sin duda al que podían llegar en aquella época, los otros pueblos, pero muy inferior al alcanzado por los modernos después del trascurso de muchos siglos, es decir, de la acumulación de nuevas fuerzas, de elementos nuevos que necesariamente les dan una inmensa superioridad. Ella ha cumplido ya su misión, produjo lo que debía producir.

Todo lo que ahora pretenda ha-



cer será siempre contrario á las leyes de la vida. Sus movimientos emigratorios no son sino expansiones de su egoísmo que á todas partes quiere propagar la degeneración que la corroe. Los chinos, al emigrar de su país, conspirarán contra la existencia de aquel en que se establezcan; la pondrán, quiéranlo ó nó, en peligro con el conjunto de sus debilidades. Por doquiera que van llevan como estigma indeleble el signo nefasto de la decadencia y de la muerte. Las puertas de todas las naciones deben estar cerradas para esta raza.

Y sin embargo, es la raza china para el Perú, la fuente perenne de su inmigración. La única y verdadera que ha tenido nuestro país la que más legítimamente puede reclamar ese nombre, por su expontaneidad á la vez que constancia, es efectivamente, la de esos hombres amarillos que rinden culto á un dragón porque se sienten inferiores á los animales. Son ellos los únicos q' desde sus remotas tierras vienen



á la nuestra para aumentar, al par que la población, las causas de decadencia y decrepitud. La inmigración europea ha sido corta, muy corta, en relación con la de la raza china que nos trae nó un nuevo aliento en pró de la vida, nó energías para el trabajo, elementos de progreso, sino todo lo contrario, de degeneración, de decadencia.

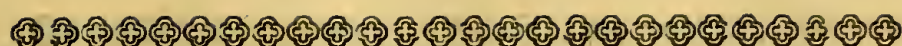
Antes de referir los daños que á nuestro país causa esta raza, los perjuicios que su inmigración produce, consideremos á fuer de justos, los beneficios que reporta, si bien es verdad que no bastarían para justificar ni menos favorecer esta inmigración.

Los oficios más humildes, aquellos que el orgullo de nuestro pueblo rechaza, han sido y son desempeñados por los chinos. Son ellos los que, careciendo de los conceptos vulgares de vergüenza y humillación, barren las calles de nuestras principales ciudades, recogiendo los excrementos de los animales. Son ellos los que, obe-



deciendo á la dura ley del trabajo, con conceptos de moral distintos, se dedican sin rubor á ocupaciones aún las más despreciadas, prestan servicios aún los menos remunerados; servicios y ocupaciones contra los que se revela la altivez criolla, el orgullo del pueblo, altivez y orgullo que no le impide dar las mayores muestras de bajeza en el estado degradante de la embriaguez.

Y nota característica en el chino es, que dedicado á cualquier servicio ú ocupación grande ó pequeño, elevado ó humilde, trabaja siempre solo, libre, sin depender de nadie. En tanto que nuestro pueblo, mezcla informe de orgullo español y de servilismo indio, siente aversión por esos oficios, se dedica á otros más elevados, pero subordinando, dependiendo siempre de otro. Sin reparar que la libertad é independencia ennoblecen al trabajo más humilde, en tanto que el más respetado, el más honorífico no ennoblece jamás al servilismo. Y son verda-



deras ironías de la naturaleza esta independencia y rebelión que se nota en el chino cuando llega á nuestras playas, no obstante haber vivido en una teocracia donde es desconocida la libertad, y el servilismo y dependencia humillante del criollo que vive en una república libre é independiente.

Existe otro oficio desempeñado relativamente bien por el chino y es la agricultura.

Desde hace muchos años puede decirse que el verdadero agricultor peruano es el chino, que ha ido desalojando poco á poco al indio. Voluntariamente ú obligado por su contrata, el chino, ha trabajado siempre en la agricultura con más perseverancia, más asiduidad que el indio perezoso é indolente. Y esta ha sido una de las causas por la cual se ha querido favorecer su inmigración.

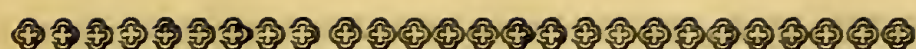
Pero decíamos que los pequeños beneficios que á la inmigración china se deben no bastan para justificarla, ni menos tratar de favorecerla.



En contraposición á ellos se encuentran las consecuencias funestas que á nuestro país causa y las que causará más tarde, en el futuro. No solo debe prestarse atención á sus efectos inmediatos, sino también á los que producirá en el porvenir que son los más importantes. Y para nuestro porvenir la inmigración china no nos augura nada bueno.

Ella no nos dá condiciones de vida, bases seguras sobre las que pueda esperarse firme, sin temor alguno, sin intranquilidad, y se pueda dominar, la incertidumbre que rodea el futuro.

Ella no trae los gérmenes de renovación, de adelanto, de desenvolvimiento que los pueblos jóvenes, los recién llegados á la vida, débiles todavía pero con la debilidad de la infancia distinta de la senil, buscan para asimilarlos, aumentar su vitalidad y crecer y seguir creciendo y llegar también á la edad adulta, á la edad viril, en que así en los individuos como en las naciones, se afirma la persona-



lidad y se encuentra en el desarrollo pleno de las energías el fundamento á la existencia, en que se existe porque se quiere y se puede existir.

Por el contrario, ella solo nos trae la suma reducida de sus energías, el contingente inmenso de sus debilidades. De esta manera se unen la debilidad por agotamiento de fuerzas con la debilidad por carencia de ellas, y el resultado, ¿qué puede ser? un producto más débil todavía. Dos fracciones aritméticas multiplicadas entre sí producen una fracción menor. Y la debilidad, ¿no puede equipararse á una fracción aritmética? ¿no es, como ella, inferior á la unidad, que á este respecto sería el equilibrio de las fuerzas orgánicas, el organismo perfectamente adaptado y susceptible de progreso?

Nuestro pueblo, de organización débil por herencia, por clima, por naturaleza, en fin, por los elementos que hayan entrado é influído en su formación, se debilitaría más todavía al recibir y asi-



milar el contingente endeble de la inmigración asiática. Del cruzamiento con la raza china resulta esa mezcla informe de razas que presentan las infinitas modalidades de que son susceptibles, y de allí los debilidades fisiológicas, el raquitismo, la degeneración del carácter, la falta de aptitudes y de ideales, que es la muerte de los pueblos.

El ser, producto de esa mezcla, es un desequilibrado. En su interior, cual campo de combate, luchan dos principios, dos herencias opuestas, lucha que termina, no con la armonía, sino con el predominio de una y la extinción de la otra, pero ya cuando el individuo está aniquilado. Con dos morales, ó mejor dicho, sin concepto alguno de moral, se halla desorientado en la vida, sin saber qué camino tomar, qué dirección seguir y tan apto para el bien como para el mal. Su vida es una serie de contradicciones, en que predominan unos sentimientos, luego los más opuestos, ahora unos instintos,



más tarde los contrarios, sin nada que, afianzando su personalidad, armonice su manera de pensar y de proceder.

Este es el efecto deletéreo, perturbador, disociador que los hijos del Celeste Imperio, producen en nuestro país.

Si la aspiración constante de una nación es armonizar los sentimientos é intereses de los individuos que la componen, que todos sufran con sus pesares y con sus alegrías gocen todos; si el afán contínuo de un pueblo es afirmarse en un todo armónico donde intensa pueda existir la conciencia de la nacionalidad y brillante sea el ideal que á todos reuna, es evidente que su primera obligación consistirá en prohibir la inmigración asiática cuyo principal efecto es destruir esta noble aspiración, este sincero afán.

El chino con sus ideales destruídos por la aniquiladora acción del tiempo, viene á infundir en nuestro pueblo su desapego á la vida, su falta de idealidad. Y un



pueblo sin ideal, sin fé en sí mismo, próximo á la inmovilidad, á la inacción, es un pueblo moribundo que va á precipitarse en el abismo de los siglos para no ser sino cadáver, como cadáveres en la historia han sido el Imperio Bizantino, las asiáticas monarquías.

No es sólo con relación al futuro de nuestro país que los efectos perniciosos de la inmigración asiática son manifiestos; ella también produce consecuencias inmediatas, palpables que no pueden inscribirse entre las buenas.

Tenemos así la gran competencia industrial que le hacen á los nacionales. Con menos necesidades que estos, resultado de su bajo estado de cultura, de su degradación social; sin aspiraciones de ningún género, resignados á vivir miserablemente en sus inmundas pocilgas; procurándose sólo lo absolutamente indispensable, aquello que las más apremiantes necesidades de su organismo le exige, requieren menos medios de vida que ellos, llevándoles por lo tanto



una inmensa ventaja, una gran superioridad. En sus pequeños negocios exigirán del comprador menos de lo que podría exigir un hombre de mayores necesidades.

El chino además, con sus vicios de hombre sin moral, ó con la moral de un hombre aburrido de la vida, para quien ella nada le ofrece de bueno, digno y elevado, hace bajar un grado más la moralidad de nuestro pueblo, influyendo poderosamente en su degradación. La suerte china, á la vez que destruye sus hábitos de trabajo, relaja también sus sentimientos morales. Nuestro pueblo, de por sí ocioso, dominado por la pereza, siempre confiado en el azar y esperando siempre que el maná caiga del cielo, acude á esa suerte para que le dé lo que su falta de acción no ha podido darle, y adquiere ahí, en ese foco de perdición, los hábitos del vicio

El chino sólo puede representar la decadencia de nuestra patria.

Nada hay en él que signifique un elemento útil, aprovechable



para el futuro. Poco ó nada interesado en el porvenir del país donde la miseria del suyo lo ha obligado á establecerse, su único pensamiento, su única ilusión, es regresar á la patria querida, que en sus ensueños letárgicos por el opio producidos, la ve más bella, más feliz. Y ante este pensamiento ¿qué le importa el destino que correrá el país que ha tenido la indolencia de recibirlo? En él debemos siempre ver el ideal de la muerte, del aniquilamiento, de la nada.

Nuestra aspiración constante es procurar la regeneración del país, su adelanto, su progreso; y cada legión de coolíes que á nuestras playas llega, representa una esperanza menos en esa regeneración, en ese progreso.

La primordial obligación que debe tener el Perú, es la de impedir la inmigración asiática. Prohibida en todos los países donde existe un mayor interés en los poderes públicos por el porvenir, se necesitaría estar en él demasiado



seguro para permanecer impasible ante el sin nùmero de coolíes que á nuestra tierra llegan, vacilantes, temerosos como conscientes del mal que van á causar.

La carencia de brazos en la agricultura y más que esto, el escazo jornal que ellos exigen, consecuencia de sus reducidas necesidades, influyen para que los propietarios agrícolas, posponiendo los de la patria ante sus intereses privados, favorezcan y se interesen por esta inmigración; resultando de aquí la imposibilidad de ponerle un dique que la detenga.

Un mejor conocimiento en nuestros hombres públicos respecto de lo que constituye el bien del país, y algo más, voluntad firme y decidida para realizarlo; un mayor desprendimiento en nuestros propietarios de sus intereses privados ante los públicos, serían los mejores frenos contra esta inmigración; y la acción combinada de todos ellos la orientaría en otra dirección, favoreciendo la llegada de razas vigorosas, activas, inteligen-



tes, que traigan nuevos ideales, nuevos conceptos de la vida, fruto de cuerpos sanos, rebozantes de salud; que aumenten la vitalidad nacional y aseguren sobre bases firmes el futuro engrandecimiento de la patria.

II

Hay en el Perú, señores, una raza más inferior que la china, más triste y desgraciada que ella: la india, la de los descendientes de Manco-Capac y Mama-Ocllo.

Toda la historia de esta desgraciada raza puede resumirse en un quejido de dolor, que se extiende por las nevadas cumbres de los Andes, sin hallar más eco que el ronco bramido de la tempestad. Triste, sin ideal, llevando á cuestas el fardo de sus quimeras derrotadas, vá caminando esta raza, sola, proscrita aún en su mismo suelo, por el sendero para ella triste de la historia, dejando en el camino pedazos de su vida, y sin



vislumbrar en las sombrías regiones del porvenir, ni una tierra de redención, ni un consuelo que reviva sus ya agotadas energías.

Despreciada de todos, yace olvidada en las quebradas profundas de la cordillera ó en las solitarias punas, sintiendo la nostalgia de épocas que pasaron. Epocas, que el sufrimiento presente y más que esto, la tendencia del hombre á colocar en el pasado la felicidad á que siempre aspira y que nunca posee, como para halagar su vanidad diciéndose que alguna vez gozó en la persona de sus antepasados, las hacen parecer brillantes, felices; pero que en realidad, para esta raza, fueron épocas de miseria, de desgracia, de exterminio. Ella no ha gozado nunca, nunca ha tenido esos momentos de expansión, de libertad, sin la cual el goce no es sino una de las tantas ilusiones de la vida.

Ni aún en la época en que el poderío y la astucia de los hijos del Sol constituyeron el inmenso imperio del Tahuantisuyo, gozó



esta raza de los beneficios de esa unión, de ese vínculo de nacionalidad del que jamás tuvo conciencia. Dominada, oprimida, escarnecida por la voluntad autocrática de los caciques; miserable, sin bienes; sin patrimonio, cuando las proverbiales riquezas abundaban en el templo de Coricancha, cuando en el de Pachacamac, el Sol, que no necesita, tenía una imagen de oro donde reflejaba sus dorados rayos; la raza india pasó después con la conquista ibérica á ser explotada y envilecida por la codicia y voracidad de los españoles, que no contentos con apropiarse de las riquezas que la Naturaleza expontaneamente ofrecía, explotaban sin piedad á los pobres indios para apropiarse también de las riquezas que el trabajo humano produce; y la libertad conquistada en las luchas de la indepencia en que fué arrojado el poderío español, no fué para ella sino la libertad de escojer un nuevo amo que toma el nombre de hacendado.



Y así, de tirano en tirano, de amo en amo, ha llegado el indio, hasta la época actual, trayendo consigo la herencia acumulada de sus dolores y sufrimientos, que han destruído sus energías, paralizado su actividad. Y hoy cansado, extenuado, sin fuerzas, pasa una vida contemplativa, mirando desde su solitaria choza, desaparecer al sol en el ocaso como desapareció su antiguo dios, como han desaparecido sus ilusiones.

Expresión fiel de esa tristeza y melancolía que consume su espíritu, á la vez que inutiliza las pocas aptitudes que le restan, son sus tristes yaravíes cantados al són de la quena, de cuyos lúgubres sonidos el eco va extendiéndose de cerro en cerro, como si fueran los lamentos de dolor, encargados de avisar al mundo que una raza expira.

El indio llora su propia debilidad, las inflexibilidades del destino que le impiden salir de su degradación, los mandatos ineludibles de la Naturaleza, que le die-



ron vida tan miserable, que no lo hicieron superior

Porque la desgracia que sobre esta raza ha caído, se halla en su constitución orgánica, en su naturaleza física y psíquica. Porque ella lleva, íntimamente arraigados á su organismo, los gérmenes de incapacidad, de inadaptación. de desorganización.

En su desenvolvimiento paulatino, cuando parecía formar un gran pueblo y haber echado las bases firmes de su éngrandecimiento, un soplo de desgracia, de maléficos influjos, truncó su desarrollo, truncó su progreso, y como planta exótica trasplantada á un medio que le es adverso, se agostó, no llegó á su florescencia, no produjo los frutos brillantes de pueblos avanzados.

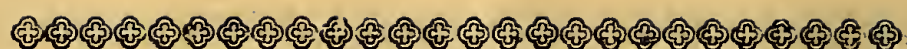
Y así truncada, agostada. sin savia,ha ido disgregándose poco á poco ante la acción del progreso, quedando infinitamente reducida, como añejo àrbol cuyas ramas resecadas van desprendiéndose ante el menor impulso del viento. Es-



ta raza no pudo florecer, no debió florecer.

No fueron los españoles quienes destruyeron el imperio que llegó á formar. El se destruyó así mismo, porque no podía seguir viviendo, porque se habían agotado sus energías. Conjunto de tribus reunidas por el poder de los incas más nó por un sentimiento de nacionalidad, á medida que este imperio aumentaba su extensión y por ende, su heterogeneidad y en razón inversa, disminuía ese poder, tenía que destruirse, que disgregarse. La división del reino entre los dos hijos de Huaina-Capac, fué el principio del fin, como hubiera dicho Talleirand. Y esta división precedió á la llegada de Pizarro. Los españoles no hicieron sino inhumar un pueblo que presentaba ya los síntomas del inmovilismo oriental.

La raza india carecía de elementos de vitalidad, de condiciones necesarias para existir como nación, y que carecía era evidente pues nunca la llegó á formar.



A ello se oponía su naturaleza, su organización, su manera de ser, su ser mismo su Yo

El fatalismo inexorable de la vida, ese fatalismo interno por el que un individuo ó nación que carece de los medios suficientes de vida debe perecer, conduce á la raza india á su ruina, á su extinción Ella estaba predestinada á no ser grande, á servir siempre á las demás: predestinación impuesta, nó por un ser humorístico que se entretiene en fijarle á cada uno su camino y su fin, sino predestinación interna impuesta por la Naturaleza en los elementos que la constituyen. La raza india es así inorganizable, incapaz de constituirse como pueblo, siempre tendiendo á la disgregación, á la disolución

De este modo la india es inferior á la raza china. Descendiente de las asiáticas, que aun cuando ocupan un grado bajo en la gradación étnica, poseen, sin embargo, algunos elementos buenos de que ella carece, al ser trasplan-



tadas á tierras americanas, perdieron esos elementos, por sus nuevas necesidades, por las nuevas luchas de adaptación.

El indio de nuestras serranías, consciente de su inferioridad y de su incapacidad para salir de esa condición, alimenta un odio constante hacia el extraño á su raza. El sentimiento que más le domina, aquel que solo reside en corazones pequeños, es el de la venganza alimentada durante sus largos años de abyección y esclavitud, y que, llegando á su paroxismo, estalla, presentando las formas más aterradoras de la crueldad humana. Negra página le corresponde, en la historia del Perú, á la sublevación de Tupac-Amaru, que fué inspirada, nó por un noble ideal, nó por el deseo de restaurar el destruído imperio de Manco-Capac, incapaz de presentarse en cerebros estrechos, sino por el de satisfacer el sentimiento hondo, profundo en ellos, de la venganza. Y las sublevaciones posteriores de indios, como la de



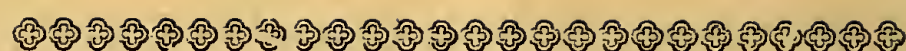
Huanta, no han tenido otro objeto, que dar pávulo á sus instintos de fiera humana, adormecidos y acumulados en su letárgica pereza.

Dominado por este odio, matador de las mejores aptitudes y de los sentimientos más elevados, y extenuado por el enervante clima tropical en que vive, el indio no piensa en mejorar de condición, ni tampoco lo desea. El trabajo, el redentor de todos los sufrimientos, el único que podría sacarlo de su abyección, es aborrecido por su clásica pereza, por su eterna ociosidad. Mientras el chino impulsado por sus necesidades, trabaja laboriosamente y no carece de hábitos de ahorro; el indio, más envilecido, más degradado, necesita del látigo por compañero perenne de trabajo; y sin desear salir de su estado, excento de noción alguna de superioridad, atraído y dominado por la fuerza irresistible de la degradación, gasta la pequeña remuneración de sus esfuerzos en una noche de orgía, riéndose y



burlándose de la vida, entre los estruendos y las carcajadas estúpidas de la embriaguez.

Y así como economicamente es un elemento negativo para el progreso nacional, también lo es como ciudadano. De cerebro estrecho y limitado, su inteligencia abstrusa no pasa de las impresiones externas, de las representaciones inmediatas, no puede elevarse á las ideas abstractas, al concepto de nación. Los chinos, no obstante su inferioridad, poseen el sentimiento de nacionalidad, aquel vínculo que liga á muchos individuos haciéndoles común su manera de sentir, armonizando sus intereses y sus ideales. Un dragón pintado en un triangular trapo amarillo les manifiesta que tienen una patria. Pero los indios, los pobres y desgraciados indios no tienen nada que se le parezca. Ni cuando estuvieron reunidos bajo el poder de los monarcas incáicos formaron una nación; solo constituían una reunion anónima de tribus, que crecía y se desenvolvía para una



familia real, única que poseía la conciencia de la personalidad colectiva. Y porque no tenían el sentimiento de nacionalidad, bastó un puñado de españoles para que destruyera, de la noche á la mañana, este inmenso imperio que demandó al tiempo varios siglos para constituírse. Y por esto mismo, el indio no ha tomado parte en las guerras nacionales y si lo ha hecho ha sido impulsado por la fuerza, por la violencia, combatiendo mecánicamente sin saber quién es el enemigo. Solo cuando el enemigo invasor penetraba en su terruño y llegaba á las puertas de su choza, solo entonces se aprestaba á la defensa, porque esa choza y ese terruño eran su verdadera y única nación, su verdadera y única patria. Más allá no distinguía nada, solo existía la obscuridad, el caos; no comprende que ese más allá es el que debe constituir su verdadera nación. ¿Y para qué necesita comprender? Sin necesidades superiores, sin aspiraciones, moralmente muerto, la patria es



para él una palabra sin sentido.

De esta raza no puede esperarse nada. El Perú no puede cifrar en ella su porvenir. Si mediante el contacto con razas superiores inmigradas, puede elevarse algo en su situación, es tan poco, casi nulo, el beneficio y tantos los defectos que aportaría al producto de ellas, que no ofrece ventaja alguna la regeneración de la raza indígena.

Inadaptada en el mismo medio en que vive, está condenada por el determinismo de la vida á perecer. Su regeneración es imposible. Su pérdida inevitable Deje mos que las leyes de la vida se cumplan con normalidad. Lo que ellas mandan debe ser siempre bueno, porque no es posible hacer otra cosa. Esperemos más bien, que sobre sus ruinas, calcinadas ya, sin temor al contagio de la pereza é indolencia, se establezcan otras razas que cumplan lo que aquella no cumplió, lo que no pudo cumplir. lo que no debió cumplir.

Callao, Julio de 1906.

OSCAR F. ARRUS.

Date Due
